

PREGON DE LA TFP

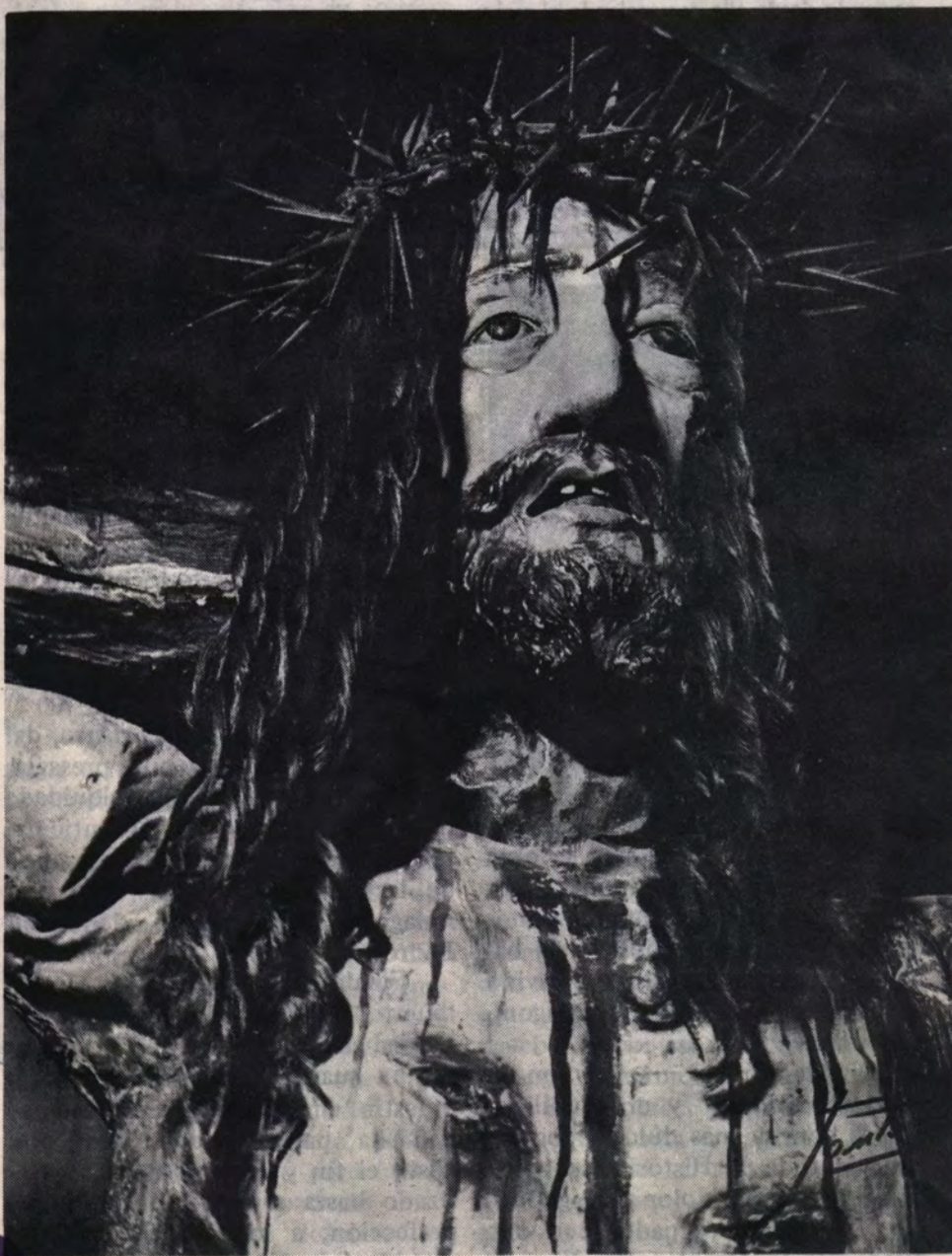
DJG
1981
FIDOCIA



Buenos Aires, 2ª quincena de abril de 1981

AÑO III - Nº 50

VIA CRUCIS DE NUESTRO DIVINO SALVADOR



En esta Semana Santa de 1981 en que el panorama de la Iglesia y del mundo se presenta con tan sombríos tonos, el "Pregon de la TFP" hace un alto en su estilo habitual para dedicar este número enteramente a recordar la Pasión de Nuestro Divino Salvador.

Lo hacemos publicando la meditación sobre las catorce estaciones del Vía Crucis que escribiera en Marzo de 1951 el Dr. Plinio Corrêa de Oliveira, Presidente de la Sociedad Brasileña de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad, catedrático de la Universidad Católica de San Pablo, Brasil, y autor de varios e importantes libros y artículos, dos de los cuales recibieron elogiosas menciones de la Santa Sede.

Al dedicar así esta edición a la Pasión de Nuestro Señor, pedimos a Su Santísima Madre que nos compenetre de los augustos misterios de nuestra Redención, y que por Sus piadosísimas lágrimas seamos lavados de la multitud de nuestros pecados y preparados para los magnos acontecimientos anunciados por Ella en Fátima, en 1917.

El comunismo se extiende sobre la tierra como una lepra maldita. Los países que todavía no han caído bajo su yugo se dejan contagiar poco a poco con una despreocupación propia de suicidas. Dentro de las propias

TRADICION FAMILIA PROPIEDAD

las de la Santa Iglesia, nuevos Judas acercan sus labios impuros al Divino Rostro para venderlo por treinta dineros. Y así los pueblos parecen como ovejas que no tuvieran pastor, corriendo detrás de los espejismos de la lujuria y alimentán-

dose con pastos envenenados.

Tanta es la fuerza del mal en estos días, tan intrincados sus caminos, tan avasallador su avance que no hay otro modo de enfrentarlo que tomar la Cruz y mostrarla de frente al enemigo. Así lo hacemos en esta Semana

Santa. Silenciamos toda forma de polémica, tan necesaria en otros momentos, y dejamos hablar sólo a las gracias de la Pasión. Estamos seguros que de ese modo causamos el mayor perjuicio posible al demonio y a sus secuaces.

NUESTRA PORTADA

Quien recorra el oeste riojano con el deseo de conocer reliquias de nuestro pasado, desembocará en un pequeño pueblo rodeado de altas sierras coronadas por nieve, de viñas y de alamedas sombreadas. Allí, luego de pasar por casas centenarias, se encontrará con una simple y antigua Iglesia en cuyo frontispicio los años dejaron tan sólo las dos primeras cifras de la fecha de su construcción: 18...

El visitante tal vez trasponga el umbral de la Iglesia con cierto escepticismo, pues nada le hará imaginar que en el interior encontrará la venerabilísima Imagen del Cristo de Famatina, que reproducimos en nuestra tapa.

El crucifijo, de tamaño natural,

impone al visitante un estado de espíritu de piedad, de confianza sobrenatural, de respeto, de pequeñez, frente a la Grandeza crucificada, frente a Aquel de majestad infinita que se entregó por nosotros, y que allí se encuentra representado con todos los rasgos de dolor, de sufrimiento, de paciencia, y con algo de dulcemente enérgico y dominador. Es Nuestro Señor Jesucristo, inmolándose en la Cruz, pero reinando desde ella, y venciendo al mal y a la muerte e increpando a los malos por su dureza de corazón, y acogiendo a los pequeños que solicitan su misericordia.

El origen del Cristo de Famatina se pierde en la leyenda y los tiempos. Se cree que fue traído por los conquistadores desde el Perú, adonde tal vez había

llegado de España, para escoger, misteriosamente, como su morada, un pequeño pueblo del Noroeste. Los fieles del lugar guardan una profunda devoción por la venerable reliquia. Nunca entran o salen de la Iglesia sin antes besar, con reverencia, los sagrados pies.

Muchos milagros se obtuvieron por su intermedio, pero el mayor de todos, según se dice, son los cambios de expresión que se observan durante la Cuaresma, cuando se conmemora la Pasión, y parece que Nuestro Señor mismo estuviera allí, renovando su muerte de cruz y redimiendo al género humano de sus pecados.

La extraordinaria escultura en madera que ilustra estas páginas del Vía Crucis, mostrando el rostro de Cristo que sonrío desde la Cruz, el rostro de Cristo agonizante y el rostro de Cristo muerto, si se le observa desde distintos ángulos, es conservado actualmente en el santuario de San Damián en Asís, desde hace tres siglos junto a la hermosa historia de la cual nació esta otra inigualable.

Corría el año de 1630 cuando cierta vez Fray Inocencio de Palermo, humilde hermano franciscano, resolvió esculpir en ébano un crucifijo. Y cuando hubo dado al cuerpo la forma deseada, se enfrentó con la difícil tarea de esculpir el rostro. ¿Qué aspecto darle? Era honda y terrible la perplejidad del fraile. Una noche, durmióse con el alma apesadumbrada y llena de incógnitas al respecto. Y cuando de mañana se acercó a la obra que dejara inacabada, la encontró inesperadamente concluida dotada de un maravilloso rostro hecho por un artista desconocido.

Hoy contemplamos un rostro en el que armoniosamente se funden la delicadeza, la varonilidad y



una sobrenatural unción, que lo hacen digno de haber sido la obra nocturna y misteriosa de un Angel; un rostro que nunca terminaremos de descubrir y que nos revela bajo tres distintos aspectos, al Divino crucificado que sonrío, que agoniza y muere.

Diríase que, sonriente, con la sonrisa más triste y más jubilosa, con la sonrisa más dulce y compasiva de toda la Historia, su mirada en medio del dolor y la ignominia, y entre los párpados cerrados puede aún contemplar algo. Y aque-

llo que ve, es la mayor maravilla de la creación del Padre celestial: Cristo ve a María, Su Madre. A su lado ve también a los héroes de la fidelidad; al Apóstol virgen, a las Santas Mujeres, a la fidelidad de la inocencia, a la fidelidad de la penitencia. Cristo ve a la Santa Iglesia Católica, su Esposa fiel y verdadera. Y por todo esto sonrío y en esa sonrisa comunica algo de su alegría, dice su infinito y sublime amor.

Se ve asimismo el rostro de Cristo que agoniza, que presagia el triunfo supremo de la iniquidad; pero que al mismo tiempo anticipa la hora de la misericordia extrema, de las conversiones inesperadas y milagrosas, como aquella del Buen Ladrón.

Finalmente, el rostro de Cristo muerto. Todo ha sido consumado. La cabeza de Cristo pende inerte y una suavísima y divina paz se muestra en su cuerpo. La iniquidad ha patentizado su infamia hasta el fin y Jesucristo ha patentizado hasta el extremo su divina perfección; a los pies de la Cruz está María y el Apóstol fiel.



1a. ESTACION

Jesús es condenado a muerte

El juez que cometió el crimen profesional más monstruoso de toda la historia, no fue impulsado a ello por el tumulto de ninguna pasión ardiente. No lo cegó el odio ideológico, ni la ambición de nuevas riquezas, ni el deseo de complacer a alguna Salomé. Lo movió, a condenar al justo, el temor de perder el cargo pareciendo poco celoso de las prerrogativas del César; el miedo de crearse para sí complicaciones políticas, desagradando al populacho judío; el miedo instintivo de decir "no", de hacer lo contrario de lo que se pide, de enfrentar el ambiente con actitudes y opiniones diferentes de las que en él imperan.

Vos, Señor, lo mirasteis por largo tiempo con aquella mirada que en un segundo operó la salvación de Pedro. Era una mirada en que se transparentaba vuestra suprema perfección moral, vuestra infinita inocencia y, sin embargo, él Os condenó.

Oh Señor; ¡cuántas veces imité a Pilatos! ¡Cuántas veces, por amor a mi carrera, dejé que en mi presencia la ortodoxia fuese perseguida, y me callé! ¡Cuántas veces presencié de brazos cruzados la lucha y el martirio de los que defienden vuestra Iglesia! Y no tuve el coraje de darles siquiera una palabra de apoyo, por la abominable pereza de enfrentar a los que me rodean, de decir "no" a los que forman mi ambiente, por miedo de ser "diferente de los otros". Como si me hubiérais creado, Señor, no para imitarlos, sino para imitar servilmente a mis compañeros.

En aquel instante doloroso de la condenación. Vos sufrísteis por

todos los cobardes, por todos los indolentes, por todos los tibios... por mí, Señor.

¡Jesús mío! perdón y misericordia. Por la fortaleza de que me dísteis ejemplo, arrojando la impopularidad y enfrentando la sentencia del magistrado romano, curad en mi alma la llaga de la cobardía!



2a. ESTACION

Jesús lleva la Cruz a cuestas

Iniciase así, mi adorado Señor, vuestra peregrinación hacia el lugar de la inmolación. No quiso el Padre Celestial que fuérais muerto por un golpe fulminante. Vos habríais de enseñarnos en vuestra Pasión, no apenas morir, mas a enfrentar la muerte. Enfrentarla con serenidad, sin dudas ni flaquezas, caminando hacia ella con el paso resuelto del guerrero que avanza hacia el combate; es la admirable lección que me dáis.

Frente al dolor, Dios mío, cuánta es mi cobardía. Ora contemporo antes de tomar mi cruz; ora retrocedo, traicionando el deber; ora por fin, yo lo acepto, mas con tanto tedio, tanta blandura que parezco odiar el fardo que vuestra voluntad me pone sobre los hombros.

En otras ocasiones, cuántas veces cerréis los ojos para no ver el dolor. Me ciego voluntariamente con un optimismo estúpido, porque no tengo coraje de enfrentar la prueba. Y por eso me miento a mí mismo: no es verdad que la renuncia a aquel placer se me impone para que no caiga en pecado; no es verdad que debo vencer aquel hábito que favorece mis más arraigadas pasiones: no es verdad que debo abandonar aquel ambiente,

aquella amistad que minan y arruinan toda mi vida espiritual; no, nada de esto es verdad..., cierro los ojos, y arrojé lejos mi cruz.

¡Jesús mío, perdonadme tanta pereza, y por la llaga que la Cruz abrió en vuestros hombros, curad, Padre de las Misericordias, la llaga horrible que en mi alma abrí con años enteros vividos en el relajamiento interior y en la condescendencia para conmigo mismo!



3a. ESTACION

Jesús cae por primera vez

Cómo Señor? ¿No Os será lícito, entonces, abandonar vuestra Cruz? Pues si la cargásteis hasta que todas vuestras fuerzas se agotaran, hasta que el peso insostenible del madero Os lanzara por tierra ¿no estaba bien probado que Os era imposible proseguir? Estaba cumplido vuestro deber. Que los Angeles del Cielo llevaran ahora la Cruz por Vos. Vos habíais sufrido en toda la medida de lo posible. ¿Qué más habríais de dar?

Entretanto, hicísteis de otro modo, y dísteis a mi cobardía una alta lección. Agotadas vuestras fuerzas, no renunciásteis a la carga, sino que pedísteis más fuerzas aún, para cargar nuevamente la Cruz. Y las obtuvísteis.

Es difícil hoy, la vida del cristiano. Obligado a luchar sin tregua contra sí mismo para mantenerse en la línea de los Mandamientos, parece una excepción extravagante en un mundo que ostenta en la lujuria y en la opulencia la alegría de vivir. Pesa en nuestros hombros la cruz de la fidelidad a vuestra Ley, Señor. Y, a veces, el aliento parece faltarnos.

En estos instantes de prueba sofismamos. Ya hicimos cuanto en nosotros estaba. ¡Al final, son tan limitadas las fuerzas del hombre! Dios tendrá esto en cuenta. . . Dejemos caer la cruz a la vera del camino y hundámonos suavemente en la vida del placer. ¡Ah, cuántas cruces abandonadas a la vera de nuestros caminos, quizá a la vera de mis caminos!

Dadme Jesús, la gracia de quedar abrazado a mi cruz, aún cuando yo desfallezca bajo el peso de ella. Dadme la gracia de erguirme de nuevo siempre que hubiese desfallecido. Dadme, Señor, la gracia suprema de nunca salirme del camino por donde debo llegar a lo alto de mi propio calvario.



4a. ESTACION

Encuentro de Jesús con su Madre

Quién, Señora, viéndoos así en llanto osaría preguntar por qué lloráis? Ni la tierra, ni el mar, ni todo el firmamento, podríán servir de término de comparación a vuestro dolor. Dadme, Madre mía, un poco, por lo menos, de ese dolor. Dadme la gracia de llorar a Jesús, con las lágrimas de una compunción sincera y profunda.

Sufrís en unión a Jesús. Dadme la gracia de sufrir como Vos y como El. Vuestro mayor dolor no fue por contemplar los enexpresables padecimientos corpóreos de vuestro Divino Hijo. ¿Qué son los males del cuerpo en comparación con los del alma? ¡Si Jesús sufriese todos aquellos tormentos, pero a su lado hubiese corazones compasivos! ¡Si el odio más estúpido, más injusto, más necio, no hiriese al Sagrado Corazón enormemente más de lo que el peso de la Cruz y de los malos tratos herían el cuerpo de Nuestro Señor! Pero la



manifestación tumultuosa del odio y de la ingratitud de aquellos a quienes El había amado... a dos pasos, estaba un leproso a quien había sanado..., más lejos, un ciego a quien había restituido la vista..., poco más allá un sufriente a quien había devuelto la paz. Y todos pedían su muerte, todos los odiaban todos lo injuriaban. Todo esto hacía sufrir a Jesús inmensamente más que los inexpresables dolores que pesaban sobre su Cuerpo.

Y había algo peor. Había el peor de los males. Había el pecado, el pecado declarado, el pecado inmenso, el pecado atroz. ¡Si todas aquellas ingratitudes fuesen hechas al mejor de los hombres pero, por absurdo, no ofendiesen a Dios! Mas ellas eran hechas al Dios-Hombre, y constituían contra toda la Santísima Trinidad un pecado supremo. He ahí el mal mayor de la injusticia y de la ingratitud.

Este mal no está tanto en herir los derechos del bienhechor, sino en ofender a Dios. Y de tantas y tantas causas de dolor, la que más Os hacía sufrir, Madre Santísima, Redentor Divino, era por cierto el pecado.

¿Y yo? ¿Me acuerdo de mis pecados? ¿Me acuerdo por ejemplo de mi primer pecado, o de mi pecado más reciente? ¿De la hora en que lo cometí, del lugar, de las personas que me rodeaban, de los motivos que me llevaron a pecar? ¡Si yo hubiese pensado en toda la ofensa que Os causa un pecado, habría osado desobedeceros, Señor?

¡Oh, Madre mía por el dolor del Santo Encuentro obtenedme la gracia de tener siempre delante de los ojos a Jesús Sufriente y Llagado, precisamente como Le visteis en este paso de la Pasión!



5a. ESTACION

Jesús ayudado a llevar la Cruz por el Cireneo

Quién era este Simón? ¿Qué se sabe de él, sino que era de Cirene? ¿Y qué sabe la generalidad de los hombres sobre Cirene, sino que era la tierra de Simón? Tanto el hombre como la ciudad emergieron de la oscuridad para la gloria, y para la más alta de las glorias, que es la gloria sagrada, en un momento en que muy otros eran los pensamientos del Cireneo.

El venía despreocupado por la calle. Pensaba tan sólo en los pequeños problemas y en los pequeños intereses de que se compone la vida menuda de la mayor parte de los hombres. Mas Vos, Señor, atravesásteis su camino con vuestras Llagas, vuestra Cruz, vuestro inmenso dolor. Y a este Simón tocó tomar posición ante Vos. Forzaronlo a cargar la Cruz con Vos. O él la cargaría malhumorado, indiferente a Vos, procurando tornarse simpático al pueblo por medio de algún nuevo modo de aumentar vuestros tormentos de alma y de cuerpo; o la cargaría con amor, con compasión, desdeñoso del populacho, procurando aliviáros, procurando sufrir en sí un poco de vuestro dolor, para que sufríerais un poco menos. El Cireneo prefirió padecer con Vos. Y por esto su nombre es repetido con amor, con gratitud, con santa envidia, desde hace dos mil años, por todos los hombres de fe, en toda la faz de la tierra, y así continuará siendo hasta la consumación de los siglos.

También por mis caminos Vos pasásteis, mi Jesús. Pasasteis cuando me llamásteis de las tinieblas del paganismo para el seno de vuestra Iglesia, con el Santo Bautismo. Pasásteis cuando mis pa-



Crucifijo que se venera en la sede del Consejo Nacional de la TFP.

dres me enseñaron a rezar. Pasásteis cuando en el curso del catecismo comencé a abrir mi alma para la verdadera doctrina católica y ortodoxa. Pasasteis en mi primera Confesión, en mi primera Comunión, en todos los momentos en que caí y me recogísteis, en todos los momentos en que pedí y me atendísteis.

¿Y yo, Señor? Aún ahora pasáis por mí en este ejercicio de la Vía Sacra. ¿Qué hago cuando Vos pasáis por mí?



6a. ESTACION

La Verónica
enjuga el rostro de Jesús

Diríase a primera vista, que mayor premio jamás hubo en la historia. En efecto, ¿qué rey tuvo en las manos tejido más precioso que aquel Velo? ¿Qué general tuvo bandera más augusta? ¿Qué gesto de coraje y de dedicación fue recompensado con favor más extraordinario?

Sin embargo, hay una gracia que

vale mucho más que la de poseer milagrosamente estampado en un velo el Santo Rostro del Salvador. En el velo, la representación de la Faz divina, fue hecha como en un cuadro. En la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, ella es hecha como en un espejo.

En sus instituciones, en su doctrina, en sus leyes, en su unidad, en su universalidad, en su insuperable catolicidad, la Iglesia es un verdadero espejo en el cual se refleja Nuestro Divino Salvador. Más aún. Ella es el propio Cuerpo Místico de Cristo.

¿Y nosotros, todos nosotros, tenemos la gracia de pertenecer a la Iglesia, de ser piedras vivas de la Iglesia!

¿Como debemos agradecer este favor! No nos olvidemos sin embargo, de que "nobesse oblige". Pertenecer a la Iglesia es cosa muy alta y muy ardua. Debemos pensar como la Iglesia piensa, sentir como la Iglesia siente, proceder como la Iglesia quiere que procedamos en todas las circunstancias de nuestra vida. Esto supone un sentido católico real, una pureza de costumbres auténtica y completa, una piedad profunda y sincera. En otros términos, supone el sacrificio de una existencia entera.

¿Y cuál es el premio? "Christianus alter Christus". Yo seré de un modo eximio una reproducción del propio Cristo. La semejanza de Cristo se imprimirá viva y sagrada, en mi propia alma.

Ah, Señor, si es grande la gracia concedida a la Verónica, cuánto mayor es el favor que a mí me prometéis.

Os pido fuerza y resolución para, por medio de una fidelidad a toda prueba, alcanzarlo verdaderamente.



7a. ESTACION

Jesús cae por segunda vez

Caer, quedar extendido en tierra, quedar a los pies de todos, dar pública manifestación de ya no tener fuerzas, son éstas las humillaciones a que Vos Os quisísteis sujetar, Señor, para lección mía. De vos nadie se compadeció. Redoblaron las injurias y los malos tratos. Y entretanto vuestra gracia solicitaba en vano, en lo íntimo de aquellos corazones endurecidos, un movimiento de piedad.

¿En este momento quisísteis continuar vuestra Pasión para salvar a los hombres! ¿Qué hombres? Todos, inclusive los que allí estaban aumentando en todas las formas vuestro dolor.

En mi apostolado, Señor, deberé continuar, aun cuando todas mis obras estuviesen por el suelo, aún cuando todos se unieran para atacarme, aún cuando la ingratitud y la perversidad de aquellos a quienes quise hacer bien se vuelvan contra mí.

No tendré la flaqueza de cambiar de camino para agradarlos. Mis vías sólo pueden ser las vuestras, esto es, las vías de la ortodoxia, de la pureza de la austeridad. Mas, en vuestros caminos sufriré por ellos. Y unidos mis dolores imperfectos a vuestro dolor perfecto, a vuestro dolor infinitamente precioso, continuaré haciéndoles bien. Para que se salven, o para que las gracias rechazadas se acumulen

sobre ellos como brasas ardientes clamando por castigo. Fue lo que hicísteis con el pueblo deicida y con todos aquellos que hasta el fin Os rechazaron.



8a. ESTACION

Jesús consuela a las hijas de Jerusalén

No faltaron entonces almas buenas, que percibían la enormidad del pecado que se realizaba, y temían la justicia divina.

¿No presencio yo algún pecado así? Hoy en día, ¿no es verdad que el Vicario de Cristo es desobedecido, abandonado, traicionado? ¿No es verdad que las leyes, las instituciones, las costumbres son cada vez más hostiles a Jesucristo? ¿No es verdad que se construye todo un mundo, toda una civilización basada en la negación de Jesucristo? ¿No es verdad que Nuestra Señora habló en Fátima señalando todos estos pecados y pidiendo penitencia?

Sin embargo, ¿dónde está esa penitencia? ¿Cuántos son los que realmente ven el pecado y procuran señalarlo, denunciarlo, combatirlo, disputarle paso a paso el terreno, levantar contra él toda una cruzada de ideas, de actos, de viva fuerza si fuere necesario?

¿Cuántos son capaces de desplegar el estandarte de la ortodoxia absoluta y sin manchas, en los propios lugares donde impera la impiedad o la piedad falsa? ¿Cuántos son los que viven en unión con la Iglesia este momento que es trágico, como trágica fue la Pasión, este momento crucial de la historia en que una humanidad entera está escogiendo por Cristo o contra Cristo?

¡Ah Dios mio, cuántos miopes que prefieren no ver ni presentir la realidad que les entra por los ojos!

¡Cuánto bienestar menudo, cuánta calma, cuánto bienestar menudo, cuanta pequeña delicia rutinaria! ¡Cuánto sabroso plato de lentejas a comer!

Dadme, Jesús, la gracia de no ser de este número. La gracia de seguir vuestro consejo, esto es, de llorar por nosotros y por los nuestros. No de un llanto estéril, sino de un llanto que se vierta a vuestros pies y que, fecundado por Vos, se transforme para nosotros en perdón, en energías de apostolado, de lucha, de intrepidez.



9a. ESTACION

Jesús cae por tercera vez

Estáis, Señor mío, más cansado, más débil, más llagado, más exhausto que nunca. ¿Qué Os espera? ¿Llegásteis al término? No. Precisamente lo peor está por suceder. El crimen más atroz aún está por ser cometido. Los dolores mayores aún están por ser sufridos. Estáis por tierra por tercera vez, y entretanto, todo esto que quedo atrás no es sino un prefacio. Y he aquí que Os veo nuevamente moviendo ese Cuerpo que es todo una llaga. Lo que parecía imposible se opera, y una vez más Os ponéis de pie lentamente, si bien que cada movimiento sea para Vos un dolor más. Estáis, Señor, nuevamente en pie, con vuestra Cruz. Supísteis encontrar nuevas fuerzas, nuevas energías y continuáis. Tres caídas, tres lecciones iguales de perseverancia, cada una más punzante y más expresiva que la otra.

¿Por qué tanta insistencia? Porque es insistente nuestra cobardía. Nos resolvemos a tomar nuestra cruz, mas la cobardía vuelve a la carga. Y para que ella quedase sin pretextos de nuestra flaqueza, quisísteis Vos mismo repetir tres

veces la lección.

Sí, nuestra flaqueza no puede servirnos de pretexto. La gracia que Dios nunca niega, puede lo que las fuerzas meramente naturales no podrían.

Dios quiere ser servido hasta el último aliento, hasta la extenuación de la última energía, y multiplica nuestra capacidad de sufrir y de obrar, para que nuestra dedicación llegue a los extremos de lo imprevisible, de lo inverosímil, de lo milagroso. La medida de amar a Dios consiste en amarlo sin medida dice San Francisco de Sales. La medida de luchar por Dios consiste en luchar sin medida diríamos nosotros.

Yo, sin embargo, ¡cómo me canso de prisa! En mis obras de apostolado, el menor sacrificio me detiene, el menor sacrificio me detiene, el menor esfuerzo me causa horror, la menor lucha me pone en fuga. Me gusta el apostolado, sí. Un apostolado enteramente conforme con mis preferencias y fantasías, al que me entrego cuando quiero, como quiero y porque quiero. Y después juzgo haber hecho a Dios una inmensa limosna. . .

Pero Dios no se contenta con esto. Para la Iglesia quiere El toda mi vida, quiere organización, quiere sagacidad, quiere intrepidez, la inocencia de la paloma, más la astucia de la serpiente, la dulzura de la oveja, más la cólera irresistible y avasalladora del león. Si fuera preciso sacrificar carrera, amistades, vínculos familiares, vanidades mezquinas, hábitos inveterados, para servir a Nuestro Señor, debo hacerlo. Pues este paso de la Pasión me enseña que a Dios debemos darle todo, absolutamente todo y después de haber dado todo, aún debemos dar nuestra propia vida.



Los grabados que reproducimos en este Vía Crucis son venerados en la Basílica del Santísimo Sacramento en nuestra ciudad.



10a. ESTACION

Jesús es despojado de sus vestiduras

Lodo, sí, absolutamente todo, hasta vergüenza debemos sufrir por amor a Dios y para la salvación de las almas.

Ahí está la prueba. El Puro por excelencia fue desnudado, y los impuros le escarnecieron en su pureza. Y Nuestro Señor resistió las burlas de la impureza.

¿No parece insignificante que resista la burla, quién ya resistió tantos tormentos? Entretanto, esta otra lección nos era necesaria. Por el desprecio de una criada, San Pedro negó. ¡Cuántos hombres habrán abandonado a Nuestro Señor por el temor al ridículo! Pues si hay gente que va a la guerra a exponerse a las balas y a la muerte para no ser escarnecida como cobarde, ¿no es muy exacto que hay ciertos hombres que tienen más temor de una risa que de cualquier otra cosa?

El Divino Maestro enfrentó el ridículo. Y nos enseñó que nada es ridículo cuando está en la línea de la virtud y del bien.

Enseñadme, Señor, a reflejar en mí la majestad de vuestro Semblante y la fuerza de vuestra perseverancia, cuando los impíos quieran manejar contra mí el arma del ridículo.



11a. ESTACION

Jesús es clavado en la Cruz

La impiedad escogió para Vos, Señor mío, el peor de los tormentos finales. El peor, sí, pues es el que hace morir lentamente, el que produce sufrimientos mayores, el que más infamaba porque era reservado a los criminales más abyectos. Todo fue preparado por el infierno para haceros sufrir, ya sea en el alma, ya sea en el cuerpo. Este odio inmenso ¿no contiene para mí alguna lección? ¡Ay de mí, que jamás la comprenderé suficientemente si no llego a ser santo!

Entre Vos y el demonio, entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, hay un odio profundo irreconciliable, eterno. Las tinieblas odian la luz, los hijos de las tinieblas odian a los hijos de la luz, la lucha entre unos y otros durará hasta la consumación de los siglos y jamás habrá paz entre la raza de la Mujer y la raza de la serpiente. Para que se comprenda la extensión inconmensurable, la inmensidad de este odio, contémplese todo cuanto él osó hacer. Es el Hijo de Dios que ahí está, transformado según la frase de la Escritura, en un leproso en el cual nada existe de sano, en un ente que se retuerce como un gusano bajo el peso del dolor, detestado, abandonado, clavado en una cruz entre dos vulgares ladrones. ¡El Hijo de Dios: qué grandeza infinita, inimaginable, absoluta, se encierra en estas palabras! ¡He, ahí, entretanto, lo que el odio osó contra el Hijo de Dios!

Y toda la historia del mundo, toda la historia de la Iglesia, no es sino esta lucha inexorable entre los que son de Dios y los que son del demonio, entre los que son de la Virgen y los que son de la serpiente. Lucha en la cual no hay apenas equívoco de la inteligencia ni sólo flaqueza, sino también maldad, maldad deliberada, culpable, pecaminosa, en las huestes angélicas y humanas que siguen a Satanás.

Es lo que necesita ser dicho, comentado, recordado, acentuado, proclamado, y, una vez más, recordado a los pies de la Cruz. Pues

somos tales, y el liberalismo hasta tal punto nos desfiguró, que estamos siempre propensos a olvidar este aspecto imprescindible de la Pasión.

Conocíalo bien la Virgen de las Vírgenes, la Madre de todos los dolores, que junto a su Hijo participaba de la Pasión. Conocíalo bien el Apóstol virgen que a los pies de la Cruz recibió a María como Madre, y con esto tuvo el mayor legado que jamás fue dado a un hombre recibir. Porque hay ciertas verdades que Dios reservó para los puros, y niega a los impuros.

Madre mía, en el momento en que hasta el buen ladrón mereció perdón, pedid que Jesús me perdone toda la ceguera con que he considerado la obra de las tinieblas que se trama a mi alrededor.



12a. ESTACION

Jesús muere en la Cruz

Legó por fin el ápice de todos los dolores. Es un ápice tan alto que se envuelve en las nubes del misterio. Los padecimientos físicos alcanzaron su extremo. Los sufrimientos morales alcanzaron su apogeo. Otro tormento debería ser la cumbre de tan inexpresable dolor: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué Me habéis desamparado?" De un cierto modo misterioso, el propio Verbo Encarnado fue afligido por la tortura espiritual del abandono en que el alma no tiene consolaciones de Dios. Y tal fue este tormento, que El, de quien los evangelistas no registraron ni una sola palabra de dolor, profirió aquel grito lacerante: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué Me haéis desapareado?"

Sí, ¿por qué? ¿Por qué si era El la propia inocencia? Abandono terrible seguido de la muerte, y de la perturbación de toda la naturaleza, El sol se oscureció. El cielo perdió

su esplendor. La tierra se estremeció. El velo del Templo se rasgó. La desolación cubrió todo el universo.

¿Por qué? Para redimir al hombre. Para destruir el pecado. Para abrir las puertas del Cielo. El ápice del sufrimiento fue el ápice de la victoria. Estaba muerta la muerte. La tierra purificada era como un gran campo devastado para que sobre ella se edificase la Iglesia.

Todo esto fue, pues, para salvar. Salvar a los hombres. Salvar a este hombre que soy yo. Mi salvación costó todo este precio. Y yo no regatearé sacrificio alguno para asegurar salvación tan preciosa. Por el agua y por la sangre que vertieron de vuestro divino Costado, por la Llaga de vuestro Corazón, por los dolores de María Santísima, Jesús, dadme fuerzas para desapegarme de las personas y de las cosas que me pueden apartar de Vos. Mueran hoy, clavadas en la Cruz, todas las amistades, todos los afectos, todas las ambiciones, todos los deleites que de Vos me separaban.



13a. ESTACION

Jesús es bajado de la Cruz

El reposo del sepulcro Os aguarda, Señor. En las sombras de la muerte, abris el cielo a los justos del limbo, en cuanto, en la tierra, en torno de vuestra Madre se reúnen unos pocos fieles para tributaros honras funerarias. Hay en el silencio de estos instantes una pri-

mera claridad de esperanza que nace. Estos primeros homenajes que Os son prestados son el marco inaugural de una serie de actos de amor de la humanidad redimida, que se prolongarán hasta el fin de los siglos.

Cuadro de dolor, de desolación, mas de mucha paz. Cuadro en que se presagia algo de triunfal en los cuidados indecibles que que Vuestro divino Cuerpo es tratado.

Sí, aquellas almas piadosas se condolían, mas algo en ellas les hacía presentir en Vos al Triunfador glorioso.

Pueda yo también Señor, en las grandes desolaciones de la Iglesia, ser siempre fiel, estar presente en las horas más tristes, conservando invariable la certeza de que vuestra Esposa triunfará por la fidelidad de los buenos, porque La asiste vuestra protección.



14a. ESTACION

Jesús es puesto en el sepulcro

Corrióse la laja. Parece todo acabado. Es el momento en que todo comienza. Es el reagrupamiento de los Apóstoles. Es el renacer de las dedicaciones, de las esperanzas. La Pascua se aproxima.

Al mismo tiempo, el odio de los enemigos rondan en torno del Sepulcro y de María Santísima y de los Apóstoles.

Pero ellos no temen. Y dentro de poco tiempo relumbrará la mañana de la Resurrección.

Pueda también yo, Señor Jesús,

no temer. No temer cuando todo parezca perdido irremediamente. No temer cuando todas las fuerzas de la tierra parecieran puestas en manos de vuestros enemigos. No temer porque estoy a los pies de Nuestra Señora, junto a la cual se reagruparán siempre, y siempre una vez más, para nuevas victorias, los verdaderos seguidores de vuestra Iglesia.



CORREO ARGENTINO SUC. 61 B	FRANQUEO PAGADO
	CONCESION N° 3308
	TARIFA REDUCIDA
	CONCESION N° 8760

Editado por la Sociedad Argentina de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (TFP), Avda. Figueroa Alcorta 3260, Buenos Aires. Tel. 802-6295 - Secretario de Redacción: Rafael R. Ibarguren. Precio del ejemplar: \$ 2.000 - Suscripción por 12 meses: Común \$ 48.000.- Colaborador: \$ 80.000.- Benefactor: \$ 160.000.- Exterior: Suscripción por 12 meses, Vía aérea. U\$S 30.- Cheques y giros sobre Buenos Aires a la orden de "Tradición Familia Propiedad". Reg. de la Propiedad Intelectual No. 09123 - 2a. Serie.